

## VIII

Aquella noche Armando no volvió á su casa hasta después de las doce. Regresó desde lo último de Vaugirard embriagado por su primer triunfo amoroso, y en medio de la claridad de noche de mayo sus pasos victoriosos resonaban con fuerza en las calles silenciosas.

¡Inolvidable noche!

El mismo se admiraba de su audacia. ¿Era él quien había osado pedir á Henriqueta que le permitiese subir á su casa? ¿Era á él á quien ella había guiado por la tenebrosa escalera, cogiéndole de la mano?

¡Oh! nunca olvidaría aquella estancia.

Y, sin embargo, eran bien pobres las dos habitaciones de aquel piso cuarto. Bien pequeño aquel comedor, aquel comedor reducido ocupado por una estufa de cañón doblado, una mesa redonda, una máquina de coser y el sofá-cama de la vieja ausente doblado en un rincón. Bien miserable también el estrecho cuarto de la griseta, donde dos estampas iluminadas —Gambetta y Garibaldi— recuerdo de las opiniones políticas del difunto padre, hacían buenas migas con el crucifijo de cobre y la rama de olivo bendito, colgados encima de la cama.

Pero en aquel tugurio de miseria Armando había visto abrirse para él un paraíso desconocido. Al salir vibraba aun en su corazón el incomparable encanto del misterio revelado, y llevaba en su ropa, en sus manos, en su barba naciente, el voluptuoso perfume de aquella joven ena-

morada, que un momento antes, en un delicioso desorden, con los ojos brillantes de dicha y de lágrimas, le enlazaba en el quicio de la puerta para retenerle un instante más y prolongaba sobre su boca el ardiente beso de despedida.

Los amantes se habían prometido volver á verse lo más pronto posible. Pero Enriqueta no podía ya recibir en lo sucesivo á Armando en su casa. Consintiendo en ello había cometido una grave imprudencia. Si no se hubiera tratado más que de ella se hubiese reído de los vecinos y del qué dirán. Pero su tía volvería pronto del asilo de convalecientes y era una excelente mujer, á quien la joven respetaba y no quería disgustar.

Armando, pues, debía sin pérdida de tiempo buscar un asilo para sus amores. Por fortuna, su bolsa de estudiante aplicado y formal estaba bien provista, pero

no por esto se hallaba menos apurado en su ignorancia de los recursos de París en semejante materia. Tomó el partido de dirigirse á uno de sus compañeros de la Escuela de Derecho llamado Teodoro Verdier.

Este amable joven, un poco mayor que Armando, tenía la costumbre de embromarle por sus costumbres austeras, y muchas veces le llamaba riendo: «Señorita Bernard.» Vivía también con sus padres. Pero era un hijo demasiado mimado, á quien la indulgencia materna dejaba entera libertad, y que naturalmente abusaba de ella. Ya acostumbrado al barrio Latino, fumaba innumerables cigarrillos, hacía versos según la última fórmula decadente, concurría á Bullier el «día de moda», y hasta era conocido en algunas tabernas estilo Luis XIII, donde mujeres demasiado ardientes servían detestable

cerveza: y aunque era bien educado y sabía guardar cuando convenía el tono de la buena sociedad, había despertado desde luego en la señora de Bernard des Vignes una desconfianza instintiva, como que muchas veces había dicho á su hijo:

—Ese Verdier, me parece que es un amigo peligroso.

Al día siguiente de su aventura, Armando corrió á casa de Teodoro Verdier, y le encontró ocupado en buscar consonantes para un soneto inflamatorio dedicado á una robusta morena llamada Flo—abreviación de Florentina—que embellecía por entonces una pequeña cervecería de la calle Monsieur-le-Prince, decorada al gusto japonés y frecuentada por un grupo de jóvenes poetas simbolistas.

Teodoro acogió con una alegre carcajada la semi-confidencia que le hizo su amigo avergonzado. —¡Bravo! «señorita»

—exclamó—Sea enhorabuena... Vienes á tiempo. Mi penúltima querida estaba precisamente en poder de un celoso, y si nuestro asilo de antes—barrio apartado, casa discreta—está aún disponible, es lo que te conviene. Vamos á verlo.

Era una habitación bastante grande, limpia y regularmente amueblada, donde el aire y la luz entraban por dos ventanas que daban á una de las avenidas que rodean los Inválidos, «un cuarto de oficial superior», según la expresión de la portera, que trataba frecuentemente con militares. Por consejo de Teodoro, Armando hizo quitar de la pared un tremendo cro-mo que representaba á M. Thiers, designado por trescientos brazos de otros tantos diputados como el libertador del territorio; dió orden de añadir al mobiliario, á fin de hacerlo más íntimo y más *comfortable*, dos lámparas, una alfombra y

algunas plantas: luego pagó el primer mes anticipado, y después de dar gracias á su amigo con efusión, volvió á su casa encantado de haberse procurado aquel nido.

La portera le entregó la primera carta de Enriqueta.

¡Buenas noticias! Acababa de obtener la plaza que deseaba en casa de Pamela, la gran modista, donde entraría el día siguiente, martes. Lo que no decía es que se alegraba mucho de no tener que volver á casa de la señora de Bernard, porque no hubiese podido ver á la madre de Armando sin morir de vergüenza. Si á las ocho ú ocho y media, cuando ella saliera del taller, Armando estaba libre, le esperaría bajo los arcos de la calle de Rívoli delante del Hotel Continental. La carta acababa con algunas acariciadoras frases de amor que Armando leyó con arrobamiento, sin cuidarse—podéis creerlo—

de la ortografía independiente ni de la letra de nodriza.

Armando salía rara vez de noche. Para que su madre no extrañara verle cambiar de costumbres, mintió ¡ay! por la primera vez de su vida é inventó el pretexto de una conferencia, de una reunión de estudiantes, y el día siguiente fué puntual á la cita.

Enriqueta había pasado todo el día trabajando en el célebre taller de la calle Castiglione que conocen todas las elegantes. Pero cuando terminó la comida—las obreras eran mantenidas en la casa—rápidamente, en dos tiempos y tres movimientos dobló la servilleta, se puso el sombrero, saludó, y volando como una golondrina huyó bajo las arcadas. Hacía un cuarto de hora que Armando la esperaba. Reconoció desde luego su silueta delicada y seguidamente, cogidos del bra-

zo, con las manos unidas, acercándose uno á otro lo más posible, partiéron ligeros como un sueño hacia su nido de amor.

Durante quince días esto se repitió todas las noches y pasaron horas encantadas.

¡Cómo se amaban! ¡Cómo se amaban! Seguramente con la alegría y el enloquecimiento de sus sentidos jóvenes, con rápidas voluptuosidades de palomas. ¡Pero también muy tiernamente! Para Armando Enriqueta no era solamente la mujer, la químera que enciende con su vuelo de llamas los sueños de todos los adultos y que había por fin cogido y conquistado. Era la amada, la única, la que se evoca cuando se está lejos de ella, solamente con cerrar los ojos, aquélla cuyo recuerdo os persigue á todas horas, os posee, corre por vuestra sangre y envuelve vuestro corazón. Todo conmovía al estudiante en la

persona de su adorada querida. A sus ardores de hombre joven, al entusiasmo de sus deseos ante aquel cuerpo femenino, tan endeble y tan puro, donde flotaba aún una gracia infantil, se añadía un profundo sentimiento de dulzura, formado de agradecimiento y de generosa compasión hacia la virgen cándida y desinteresada, sin cálculo y sin defensa que le había dado desde la primera sonrisa, como se da una rosa, la flor de sus veinte años. Y él, el recto y honrado niño, se juraba amarla siempre.

En cuanto á Enriqueta, se abandonaba á su amor con esa preciosa facultad de no vivir más que para la hora presente; con ese descuido lleno de imprudencia, privilegio de los cándidos y de los ignorantes. El día, el inevitable día en que se viera separada de Armando no habría en el mundo felicidad para ella. Esto era todo.

Entre tanto, gozaba desenfrenadamente de su dicha del momento. Y ésta era tal que algunas veces le parecía demasiado. Era como un objeto de gran precio que la hubieran puesto en la mano, pero cuyo uso ignoraba. ¡Pobre chica! Estaba estupefacta como un mendigo á quien diesen de limosna una estrella.

Adorada como la más querida de las amantes, tenía la sumisión temerosa del esclavo. Durante muchos días no había podido decidirse á tutear á su amado. Él se turbaba alegremente y experimentaba un placer delicado con los torpes ensayos de Enriqueta para hacerse más familiar. Cuando en un momento de expansión ella le había dado un nombre amistoso un poco vulgar, y cuando dejaba escapar un «querido mío» ó quizás un «mi tesoro» que trascendía á barrio bajo y que Armando, sin embargo, encontraba muy

dulce, se llenaba de vergüenza y se arrojaba al pecho del joven ó le besaba el cuello para ocultar su turbación. ¡Tenía tanto miedo de no ser bastante «fina» para él! A pesar de la posesión sabía que no era su igual. Muchas veces le cogía la mano, su fina y nerviosa mano de aristócrata, la miraba largamente, con la sensación de tocar algo muy raro, muy extraordinario, y acababa siempre por llevarla á los labios y dejar en ella un beso delicado y respetuoso.

Al verla tan humilde, tan tímida, tan desarmada ante la vida, el adolescente de ayer, de quien ella había hecho un hombre, pensaba con orgullo enternecido que aquella débil criatura era suya, dependía de él y que en adelante su deber era defenderla y protegerla.

¡Cómo se amaban! ¡Qué felices eran! Para aumentar sus delicias el azar permiti-

tió que su juvenil idilio tuviese por medio y por decoración sublimes noches de verano, en que el sombrío azul descubría sus profundidades infinitas, en que en medio de los cielos luminosos los planetas brillaban como faros, en que los astros desarrollaban sus legiones brillantes.

A eso de las once los dos amantes salían de su ignorado asilo y Armando acompañaba á Enriqueta hasta su casa por los boulevares exteriores anchos y desiertos. El aire era tibio, las largas filas de árboles, en plena florescencia, exhalaban un perfume fresco. La cúpula de los Inválidos, de un azul oscuro y cuyas planchas doradas brillaban vagamente se erguía con altivez en el cielo. Sólo el rumor de la gran ciudad escuchado á lo lejos como el zumbido de una abeja. ¡Qué silencio! Enlazados, marchando á paso muy lento, deliciosamente lánguidos, los

enamorados avanzaban por las soledades. La plenitud de su dicha era tal que creían que toda la naturaleza debía asociarse á ella, y cuando se detenían por un momento les parecía que todo lo que les rodeaba, las grandes avenidas, los altos edificios, los profundos ramajes y el Zodiaco irradiando sus flores de luz, lanzaban al mismo tiempo que ellos un inmenso suspiro de gozo y de voluptuosidad.

---

## IX

A este delicioso ensueño había sido Armando arrancado súbitamente.

Todo lo sabía su madre, su admirable madre á quien él amaba con todo su corazón, pero cuyo carácter celoso y sentimientos despóticos y apasionados conocía perfectamente. Comprendió que la lucha sería terrible y que iba á sufrir y á hacer sufrir.

Y én efecto, la lucha se entabló inmediatamente.

Un poco antes de la hora de comer, Armando, según costumbre, fué á buscar á su madre al gabinete. Por primera vez entró aquel día con los ojos bajos, la



frente inclinada y el corazón lleno de angustia y confusión. Pero cuando vió á la señora de Bernard sentada en su sitio, delante de su bastidor, recordó en un momento toda su infancia rodeada de atenciones y cariño, y no pudiendo soportar la idea de que existiese una barrera, un obstáculo entre su madre y él, y de que hubiera dejado de ser el hijo único y amado de siempre, corrió hacia ella con los brazos abiertos y las manos extendidas pidiendo perdón con la mirada.

Pero ella le detuvo por medio de un ademán imperioso, de un gesto negativo y le arrojó un «no, yo te suplico» que volvió al joven á la dolorosa realidad y le heló la sangre en las venas.

Habiendo anunciado el criado que la sopa estaba servida pasaron al comedor y se sentaron silenciosamente á la mesa.

La hora de comer había sido siempre para ellos una de las más agradables. Hablaban de los incidentes del día, hacían proyectos para el siguiente y se entretenían en dulces y tranquilas conversaciones. Pero aquel día, dos convidados invisibles, la cólera y la vergüenza, se sentaban á la mesa. El hijo y la madre apenas tocaron los platos que les sirvieron y no se dijeron ni una palabra.

Volvieron al gabinete donde dos lámparas, encendidas demasiado pronto, lucían débilmente en el triste crepúsculo de los días largos, y cuando el criado, después de haber servido el café, les dejó solos, la señora de Bernard rompió brusca-mente el silencio y dijo á Armando con amargura:

—Vas esta noche á tu conferencia, ¿no es verdad?

Efectivamente, tenía cita con Enrique-

ta, y avergonzándose en la sombra sólo acertó á murmurar:

—¡Madre mía!...

Entonces la señora de Bernard estalló.

—Vete—exclamó temblando de indignación;—vete á buscar á tu querida. En adelante para eso no tendrás necesidad de mentir. Porque has mentido, me has engañado indignamente. ¡Ah! Empiezan bien tus amores. Esa mujer te ha hecho ya cometer una bajeza. Me estremezco al pensar lo que esa desgraciada hará de tí, y hasta dónde podrá llevarte. Anda á buscarla, hijo mío. No te detengo.

Pero al oír sollozar al joven se detuvo.

—¡Lloras!—dijo con voz más dulce.

Él se arrojó á sus piés y la cubrió las manos de besos y de lágrimas.

—Perdóname, querida mamá—murmuró.—Perdónamé si te disgusto... Pero, si tú supieras... ¡La amo!...

Esta palabra cortó en seco el enternecimiento que empezaba á apoderarse de la señora de Bernard.

—¡La amas!—dijo con acento vibrante de feroz ironía.—¡Amas á mi costurera! Pero, infeliz, chiquillo, eso no es formal. ¡Estás loco! Yo había esperado, ó por lo menos había tenido la necedad de creer que pasarías altiva y dignamente tu primera juventud hasta el día en que te hubiera casado con alguna hermosa joven. Esta era mi ilusión, lo confieso, y tú la destruyes cruelmente. Sin embargo, soy razonable: hubiese comprendido y escusado un arrebato, un arranque de pasión. Veinte años son veinte años; ¡ya lo sé! Pero, ¡tú, tú seguir la primera falda que se presenta! ¡Fijarte en esa obrera vulgar, apenas bonita!... Verdaderamente, te creía más delicado... ¡Basta! Comprometería mi dignidad de madre y de

mujer honrada hablando más tiempo de semejante indecencia. Con tu permiso, no nos ocuparemos más en semejante asunto. Hasta creo que he hecho mal en arrebatarme y reprenderte. Déjame esperar, que no tardarás en dirigirte á tí mismo reproches más severos que los míos. ¡Una bribona á quien he distinguido con mis bondades! ¡Una miserable intrigantuela á quien he protegido y atraído á mi casa, seduciendo á mi hijo!... ¡No, Armando, eso no es serio! ¡Tú no sabes lo que dices, y muy pronto, quizás mañana, cuando hayas reflexionado, cuando pase tu detestable capricho, te avergonzarás de haber osado decirme que amas á esa perdida!...

¡Qué mal se conducía la pobre señora! ¡Cómo se engañaba ofendiendo á su hijo en su amor! Ya él no estaba á sus pies, ni acariciaba sus manos con zalamerías de

niño. Se había levantado estremeciéndose, y respetuoso, pero con los ojos secos y la voz ronca dijo á su madre:

—Te suplico, madre mía, que no hables así. Tú no conoces á la pobre muchacha y eres injusta con ella... Y toda vez que no puedo defenderla, sino confesándolo todo... sabe que... que yo he sido el primero...

Pero no pudo acabar la frase. La señora de Bernard había prorrumpido en una carcajada insultante, espantosa. Luego exclamó irguiéndose altanera é impetuosa:

—Ni una palabra más, ¿lo oye usted? —Y este *usted* que le decía por la primera vez de su vida hirió al joven como una puñalada.—¡Ni una palabra más! Veo que está usted más ciego y más obcecado de lo que yo suponía. Guarde usted sus confidencias y déjeme. Esa señorita le espe-

ra á usted sin duda, y un caballero no debe retrasarse nunca.

Y dejando á Armando traspasado de dolor, la señora de Bernard huyó á su dormitorio.

Allí permaneció largo tiempo en tinieblas. Sentía subir y acrecentarse en su corazón y en su cerebro una explosión de cólera, una tempestad de odio contra aquella mujer salida de la nada que le había robado la inocencia, y según ella creía, el amor de su hijo. Entonces se le representaba el lindo perfil de la obrera, su aire de reserva, su gracia natural. ¡No! Aquella mujer no era ni fea, ni vulgar. Podía gustar, podía ser amada. Este pensamiento llenaba de ira á la madre de corazón exigente, á la viuda desdeñada en otro tiempo por su marido. Detestaba á Enriqueta como á una enemiga, como á una rival.

UNIVERSIDAD DE  
BIBLIOTECA  
"ALFONSO"  
1925

Entonces, durante algunos momentos la señora de Bernard des Vignes, la mujer piadosa y bien educada, que había vivido en la buena sociedad y brillado en la corte, se convertía en la salvaje campesina de Sartène, la hija del viejo Antoni, y sentía correr por sus venas la sangre corsa, la sangre abrasada de odio y pronta á la *vendetta*. Si, lo que era imposible, hubiera visto aparecer ante sus ojos en aquel momento á la querida de su hijo, se hubiese arrojado sobre ella como una bestia furiosa y la hubiera cruzado el rostro con lo primero que hallase á mano.

Este espantoso deseo la despertó, por decirlo así. Lo desechó con horror sintiendo disgusto y compasión de sí misma. Luego, de repente, pensó en su hijo con repentina indulgencia, con debilidad enteramente maternal. Había sido demasiado severa. Hay que dar á la juventud lo

NO LEON  
1914  
"ALFONSO"  
MONTERREY, MEXICO

que es suyo. Su Armando era bueno y la amaba, á pesar de todo. Aunque sintiera alguna inclinación por esa Enriqueta, esto no podía durar. Por otra parte, no podía creer que Armando hubiera sido el primer amante de aquella muchacha. Una costurera á domicilio, que va donde quiere y sale cuando quiere. ¡En París! ¡Bah! Su hijo se cansaría pronto de semejante intriga. Los gustos, las costumbres de aquella mujer le chocarían tarde ó temprano.

¿Quién sabe? Tal vez esto ya es un hecho. Y por otra parte, ¿no es capaz de sacrificar ese capricho al reposo de su madre? Sí, mil veces sí. Quizás ya piensa en ello. Quizás mientras ella está allí, desesperándose, él se encuentra á dos pasos devorado de pena, el pobre muchacho, y dispuesto á prometer, á jurar que aquello ha concluído.

La crisis de esta súbita esperanza la hace volver corriendo á su gabinete. Armando no está allí. Y como entra el criado llevando los periódicos de la tarde le pregunta:

—¿Ha salido el señorito Armando?

Esperaba que le contestaran que no, que aún estaba en casa y que acababa de entrar en su cuarto.

—Sí, señora—contesta la voz fría del criado;—salió hace un cuarto de hora.

Profundamente desalentada la señora de Bernard se deja caer entonces en su marquesita y se abandona á la corriente de su tristeza. Le parece—y esta es una sensación casi físicamente dolorosa—que algo se ha quebrantado y roto en su corazón. En la pared, delante de ella, mira maquinalmente su propio retrato en traje de baile, que durante su corta luna de miel hizo su marido en otro tiempo pintar

á Dubufe. Y en el cuadro bañado de sombra ve levantarse el espectro de su juventud y su belleza, ¿Por qué acude á su memoria el prelude de aquel vals de Strauss, que tocaban el día que su padre la presentó en el baile de las Tullerías?

¡Vamos, valor! Es necesario sacudir este anonadamiento, pensar en otra cosa. Rompe la faja de un periódico, lo desdobla y en la primera página salta á su vista un nombre que la hace estremecer.

El coronel Voris que está actualmente en el Tonkín, donde manda una de las columnas del cuerpo expedicionario, acaba de ser ascendido á general, después de una série de brillantes hechos de armas contra los Pabellones Negros.

¡El coronel Voris! ¡Qué dura ha sido con este noble soldado y cumplido caballero! Recuerda su larga fidelidad, su respetuosa paciencia. Es el hombre que más

se ha acercado á su corazón. Y sin embargo, le ha rechazado por Armando, desterrándole lejos de ella. ¿Qué ha ido á buscar en aquel clima mortífero, en una guerra obscura y sin gloria? El olvido, tal vez la muerte. Cualquier día, es horrible, sabrá que aquel héroe que la ha amado tanto ha muerto en las fétidas lagunas lentamente consumido por la fiebre, ó ha sido espantosamente torturado y mutilado por los hombres de raza amarilla. ¡Y será por su culpa! Porque ella le ha desesperado por consagrarse completamente al hijo ingrato que hoy la abandona.

¡Hijo cruel!

Llena de melancolía deja caer el periódico en la alfombra. Delante de ella en la semi-obscuridad el gran retrato la mira con los ojos entristecidos y severos, y parece llorar sobre ella y reprocharla por haber perdido y malgastado su vida. Fue-

ra, la gran ciudad que no duerme nunca produce su eterno murmullo. Y la señora de Bernard volviendo á su idea fija, piensa que en alguna parte de aquel gran París su hijo está en los brazos de una querida, de una mujer á quien ama más que á ella. Y ocultando el rostro entre las manos la pobre madre llora amargamente.

Es la ley de la naturaleza. El pajarillo ha cobrado fuerzas, sus plumas han brotado, sus alas tiemblan. Ansioso de libertad se acerca al borde del nido y á pesar de los gritos de su madre desesperada, vuela, vuela.

## X

Han pasado los días y las semanas y sigue siendo la misma la dolorosa situación entre la señora de Bernard y Armando.

En la apariencia han hecho las paces. La segunda vez que ella le vió acercarse con los brazos abiertos, no tuvo valor para rechazarle. Se dan el beso de la mañana y el de la noche.

Pero para uno y otro este beso es un suplicio. Ella no puede evitar un extremo de repugnancia al contacto de los labios de su hijo, creyendo encontrar en ellos y encontrando positivamente el gusto de las caricias de «la otra», de la mujer á quien